



INSPECTORIA SALESIANA
"SANTO DOMINGO SAVIO"
CORDOBA

26 febrero 1972

Queridos hermanos: Con esta carta os recuerdo la muerte del querido

Don Alejandro Balló Moreno
ocurrida en Madrid el 21-IX-1971.

No he querido dejar de cumplir personalmente con este deber, por tantos conceptos entrañables, aunque me haya visto forzado a retrasarlo por mi obligada dedicación al Capítulo General Especial, recientemente terminado, quedándome la tranquilidad de que la triste noticia de su adiós fue ya suficientemente difundida por nuestra prensa y resaltada su figura moral por valiosas y abundantes publicaciones.

El querido Alejandro ha sido una esencia de rico olor conservada en frágil frasco y, al romperse su envoltura, ha impregnado con su aroma a toda la familia salesiana, que le quería y le admiraba como a tantas almas sencillas vinculadas a su penetrante palabra. Todos hemos oído su adiós hacia la casa del Padre, de la que tantas veces nos hablara y todos hemos pensado que el Señor se nos llevó al amigo y al maestro bueno de tantas cátedras: ciencia, optimismo, sencillez, agudeza, virtud...

Entre los que han oído ese adiós me encuentro yo que fui su compañero, su amigo y también su superior y así como pocos puedo hablar de él, aunque con el temor de herir su modestia de buen entendedor de Evangelio y enamorado de las florecillas franciscanas, que me diría con aquella su voz de tono tan personal: "Antonio, no ponderes, todos los hombres son buenos, pero Dios es quien nos pagará".

Con la profunda filosofía del que siempre, con dolor lo digo, esperó, habrá visto ya recompensado su no fácil andar por este mundo con la generosidad que de Dios predicaba cuando nos comentaba a San Mateo y con la profundidad que enriquecía al desentrañar a su Evangelista, San Juan. Seré fiel a su sencillez, sin adelantar que mejores plumas no le dediquen

más sabrosas consideraciones, y trazaré en breves líneas los rasgos más sobresalientes de su figura polifacética.

Nace en Granada, el 19 de diciembre de 1926, en el seno de una familia ejemplar. Ejemplar, pues de todos sus miembros refleja influencia y a todos pondera sus delicados perfiles de virtudes y talentos. Los quiso y recibió su recompensa, pues el amor plasmado en la resignación que mostraron en los tristes momentos de su muerte demuestra la alcurnia de buen Maestro que fue siempre Alejandro. Su juventud la pasa en Granada estudiando. El premio extraordinario en el examen de Estado demuestra su dedicación y su trabajo entre los Jóvenes en la Acción Católica culmina en su entrega a la Congregación Salesiana en ese mismo año, 1945.

Alejandro se dedica toda su vida al estudio y a la enseñanza del Evangelio. Sus etapas de Turín y Roma dejan huellas en él de su esfuerzo y en todos de luz. Su salud se resiente, pero todos lo ven y le quieren. Su figura no sería exacta si no se recordara su trienio en Ronda: fue feliz entre los jóvenes, su campo, su misión. Ciertamente su figura en estos años es comparable a la de tantos buenos salesianos que pusieron sus delicias en trabajar por los jóvenes: clase, asistencia, influencia entre ellos. Sin duda su preclara inteligencia le cambió el rumbo de su vida y dejó a sus jóvenes por los formadores de esos mismos muchachos e hizo de su dedicación a sus teólogos su más extenso y valioso magisterio. En adelante sólo pudo dedicar a los muchachos sus breves ratos de descanso —no descansaba sino breves ratos de su vida— encantándoles con sus charlas en tiernas escenas netamente salesianas. Es gozoso, sin embargo, recordar al jardinero de jardines y flores cuidando almas jóvenes en Posadas, Sanlúcar y Collado Villalba.

Estudió mucho y llegó a ser un Maestro. Para él no había barreras en el saber, pero yo quisiera en la brevedad de esta carta resaltar sus principales lecciones en la cátedra que fue su vida iluminada por la luz que da el ver venir la muerte bajo la forma de su conocida nefritis, que culmina en el trasplante de riñón, precedido y seguido de sus sufridas diálisis.

Como buen salesiano fue sencillamente evangélico: sencillo, pobre, sobrio, servicial, generoso. En el recuerdo de todos está el Padre Alejandro de los niños. Su muerte rubricó su pobreza: no tenía nada y lo que tenía estaba sellado por el cuidado del que es consciente de ser administrador de la Providencia: limpio, ordenado. Sobrio: media con peso que tiene por fiel la prudencia su comida, su bebida, su descanso. Alejandro era un buen salesiano, hijo de Don Bosco, al que él quería verdaderamente como a Padre. Ciertamente, con sus pequeñas limitaciones humanas, era una estampa de la vida de Don Bosco, a quien con tanto cariño estudió y admiró, siendo acaso esta una faceta no bien ponderada de Alejandro.

Como el Padre ocultó el dolor llenándolo de alegría. Fue un maestro del dolor. Sus largas y dolorosas horas de enfermedad, más que para recordarlas —ya que todos las conocemos— son para meditarlas. Su cuarto, convertido en cátedra de alto valor y las mismas palabras de sus enfermeros impresionados por su espíritu de sacrificio son puntos valiosos de meditación. Aquí sería el momento de justificar el que me dijera su superior, para dar las gracias a cuantos le ayudaron, con la ilusión de darle vida, a sobrellevar la cruz del dolor. Es imposible hacer una enumeración exhaustiva, pero es obligado el señalar de un modo especial a los hermanos de nuestras Casas de Don Bosco (SEI) y del Paseo de Extremadura de Madrid, juntamente con las “monjitas” de Collado Villalba, que en los últimos momentos de su vida con generosa caridad cristiana le consolaron como Madres. Esta consideración nos debe ser de consuelo y aun llenarnos de alegría al ver en todos los salesianos un verdadero amor fraternal. No se han regateado medios para salvar su vida, lo que juntamente con nuestra fe en la Providencia nos da seguridad de que nuestra Familia nos atenderá siempre. ¡Cuántas veces él mismo, como estribillo de gratitud, ponderaba la caridad de sus hermanos!

Como buen salesiano sobresalía en su espíritu de servicio. Se hizo querer porque supo servir a todos y esto hasta el final de su vida, como lo atestigua el apoteósico reconocimiento en la concelebración que como funeral le ofrecieron sus hermanos en la iglesia del Colegio y Parroquia salesianos del Paseo de Extremadura repleta de fieles que lloraban y ponderaban la pérdida del amigo servicial.

Esta carta, más fruto del cariño que del estudio de su persona, os la envío en una fecha tantas veces querida como era la de su fiesta onomástica. Este año el día 26 de febrero no podremos felicitar a Alejandro... pero todos le recordamos y a nuestra memoria vienen con su recuerdo sus enseñanzas. Enseñanzas como las encerradas en sus últimas palabras escritas en las que me decía, soñando en la renovación de su querida congregación salesiana: “...podemos todos tener un mal momento, tomar una decisión más o menos iluminada, tener una palabra amarga con nuestros colaboradores. Pero cuando la calma vuelve, cuando nos presentamos ante el Señor en nuestros necesarios ratos de oración o en el silencio de la noche, debemos volver a reconsiderarlo todo sin dejar lugar al cansancio. Ser cristianos de veras es siempre un reto que Dios nos hace y una eterna dificultad para nuestro hombre carnal.

“Nunca llegaremos a un teórico momento donde todo se haga fácil. La estructura misma de la vida crea día por día las tensiones, los problemas, las situaciones conflictivas y las oscuridades de valoración e interpretación de los hombres y de los hechos. Por eso jamás debemos cejar en el esfuerzo

de volver al amor, al perdón, al comienzo siempre nuevo de nuestros proyectos. Toda la vida cristiana está bordada de un clima de perdón: Dios que nos perdona en Cristo, sin motivaciones positivas por parte nuestra, y nosotros que imitamos a Dios perdonándolo todo y siempre. Hoy faltas tú y yo te perdono; mañana faltó yo y tú perdonas. Es la biología normal de una Iglesia "santa y en vía de santificación" (Ecclesiam suam)".

Palabras estas que toman sentido y abren surco en la vida, porque fueron meditadas y escritas en estos días. Ahora hace un año, recordamos aniversario, en que el trasplante de su riñón a él lo ponía de cara a la luz de la verdad entera y a nosotros nos acongojaba el alma por el temor de perderlo.

Queridos hermanos, mientras una vez más lo encomendamos al Señor en nuestro deber de sufragar el alma del tan querido hermano Alejandro, propongámonos también imitarle en su ejemplo de vida, para que nuestra oración consiga del Señor y de María Auxiliadora el regalo de almas de su talla y auténtica generosidad cristiana.

Encomendándome yo también a vuestras oraciones, os quedo agradecido. Vuestro afmo. en C. J.

Antonio ALTAREJOS

Inspector

Datos para el Necrologio: Sacerdote ALEJANDRO BALLÓ MORENO nacido en Granada, fallecido en Madrid el 21-IX-1971 a los 45 años de edad, 24 de profesión y 18 de sacerdocio.